

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Federico Chueca.)



—Pues... allá va un noticia
que ha de causar extrañeza:
¡pongo música á una pieza
de Miguel Ramos Carrión!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Música descriptiva, por Juan Pérez Zúñiga.—¿Qué es nombre sustantivo?, por Emilio Sánchez Pastor.—Ne nos inducas in tentationem, por José Estremera.—Suicidios, por Eduardo Bastillo.—La costumbre, por Luis de Antorena.—Autores dramáticos, por Sinesio Delgado.—Mendicancias, por Ramón Asensio Más.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Federico Chueco).—El plan de estudios (dos viñetas).—Yendo y viniendo (ocho viñetas).—La costumbre (cinco viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

La semana ha sido pródiga en sucesos «sensacionales», que dicen los modernistas.

Castelar fué recibido con verdadero amor por el Sumo Pontífice, el czar de todas las Rusias entró en un periodo de franca agonía y en Lara se estrenó un juguete cómico titulado *La Joven América*, modelo de juguetes

que vienen á romper los antiguos moldes y á abrir nuevos caminos á la dramática española.

Tiene algo de Ibsen y algo de Comellas y viene á ser la obra de dos «precursores» que se han «revelado» y aspiran á reformar el arte.

Aun á riesgo de herir su modestia, declaro que, aparte el interés de la fábula y la intención trascendental que encierra, la nueva obra está maravillosamente escrita.

—Es pura *filigrana*—declan las personas cultas la noche del estreno.

Y yo estoy conforme con esta afirmación, que me honra.

Dicho se está que toda la prensa tributó merecidos elogios al juguete, sin que vayan ustedes á figurarse que esto ha obsolecido al propósito de ayudar á sus autores, periodistas también.

La obra vale, créanme ustedes á mí, y su mérito ha reparado en provincias, donde se ensaya con verdadero afán para que la conozcan cuanto antes las personas de gusto.

¿Qué decir de la ejecución? Todos los actores que en ella tomaron parte fueron estrepitosamente aplaudidos y llamados á escena. En fin, el Teatro Lara puede vanagloriarse de haber dado á conocer á su público una de las más hermosas comedias que ha producido la presente generación.

Cúmpleme decir á los lectores, por si no lo saben, que *La Joven América* está escrita por Félix González Llana y por... ¡vergüenza me da decirlo!... un servidor de ustedes.

Las cosas claras. Otro andaría por ahí pidiendo á los amigos que hablasen de *La Joven América*, porque cuanto más me la jaleen más representaciones ha de alcanzar; yo rompo los moldes y me escribo los elogios, aunque me conste á ciencia cierta que el juguete es medianillo.

—Hay que bullir—me decía la otra tarde Eduardo Lustonó.—Los que permanecemos en un rincón del café entregados á nuestras conversaciones íntimas, trabajamos mucho y ganamos poco. Mira lo que hacen Fulano y Perengano. Imítales.

Tiene razón mi querido compañero: hay que bullir, y hoy insurgió el nuevo sistema jaleando mis propias obras, visitando á las personas de viso, exhibiéndome en teatros y reuniones é ingrestando en la Sociedad de Escritores y Artistas, para poder ir á los entierros con levita negra al lado de la Junta directiva. ¡Quién sabe! Puede que todavía me hagan vocal.

Está demostrado que el hombre no debe echarse en el surco. En cuanto haya elecciones pienso presentarme candidato á concejal, aunque sepa que no me votan más que Bonilla, el óptico de mis simpatías, y mi señor padre político. La cuestión es que que-

ne mi nombre y se vaya acostumbrando á oírlo la gente. Hasta ahora sólo suena en las calles, pronunciado por los chicos, que me atribuyen la paternidad de todos los periódicos cursis y todas las obrillas inmorales.

—*La primera noche de novios*, escrita por Luis Taboada.—*La doncella*, escrita, etc.

Esto, en vez de elevarme, me perjudica y me aflige, porque muchas personas creerán que me dedico á la pornografía ó que me he vuelto loco, y yo debo evitar este abuso de mi nombre y apellido, haciendo, en cambio, que la prensa me cite para elogiarme y que el país me crea en condiciones de desempeñar un alto puesto.

Cuarenta y cinco duros cobraba yo mensualmente en la sala de Ultramar, gracias á la munificencia de Maura, que es un caballero; pero como no bullo, como no me exhibo, como no voy de visita á casa de los poderosos, llegó Becerra al ministerio con sus guantes lavados, leyó mi nombre en la lista de miseros empleadillos... y me quitó de raíz los cuarenta y cinco duros.

Si ahora que he estrenado una comedia desperdicio la ocasión y continúo sin bullir, es posible que pase inadvertido y que los actores de provincias no traten de conocer mi obra... Pues no, señor, bulliré, como aconseja Lustonó, y á la vuelta de dos ó tres años seré diputado provincial ó autor reputado, y puede que hasta obtenga la dicha de tener impermeable.

¡Á bullir! ¡La vida es corta!

El que yo bulla no es una razón para que deje de admirar á los demás escritores y les niegue títulos que yo no poseo.

Enrique Sepúlveda acaba de publicar un tomo de *Cuentos*, que he leído con muchísimo gusto y que me han cautivado. El tomo pertenece á la Biblioteca ilustrada de autores contemporáneos, y es un prodigio del arte tipográfico. Papel excelente, impresión intachable, preciosos grabados, un libro, en fin, que honra al editor de la Biblioteca y que proporcionará á Enrique Sepúlveda muchos y merecidos elogios.

Este tampoco es de los que bullen, por dos razones: la primera porque no quiere, y la segunda porque no lo necesita.

¡Quién pudiera decir otro tanto!

Luis Taboada.

*

MÚSICA DESCRIPTIVA

Vive un pianista á mi lado que toca bastante bien la música descriptiva, y lo mismo imita él con las teclas un combate, que la salida de un tren, que un ciclón, que una plegaria, que una bronca en Lavapiés. Hay veces que está bien hecha la imitación, y se ve (mediante un pequeño esfuerzo de imaginación) lo que es. Por ejemplo: hace tres noches puse atención, y observé que un sordo escarabajero sonaba hacia la pared. Vi al otro día á la esposa del tal y la pregunté: —¿Qué tocaba su marido anoche entre nueve y diez? —El murmullo de una fuente de vecindad. —¿Y después? —Los ronquidos del portero del número veintiséis de la calle del Salitre. —¿De veras? Lo sospeché; porque en aquellos arpegios se apreciaba hasta la nuez del portero. —Pero hay obras que no llego á comprender y hago á mi pobre vecina preguntas de este jaez: —¿Qué cosa es la que se espuso

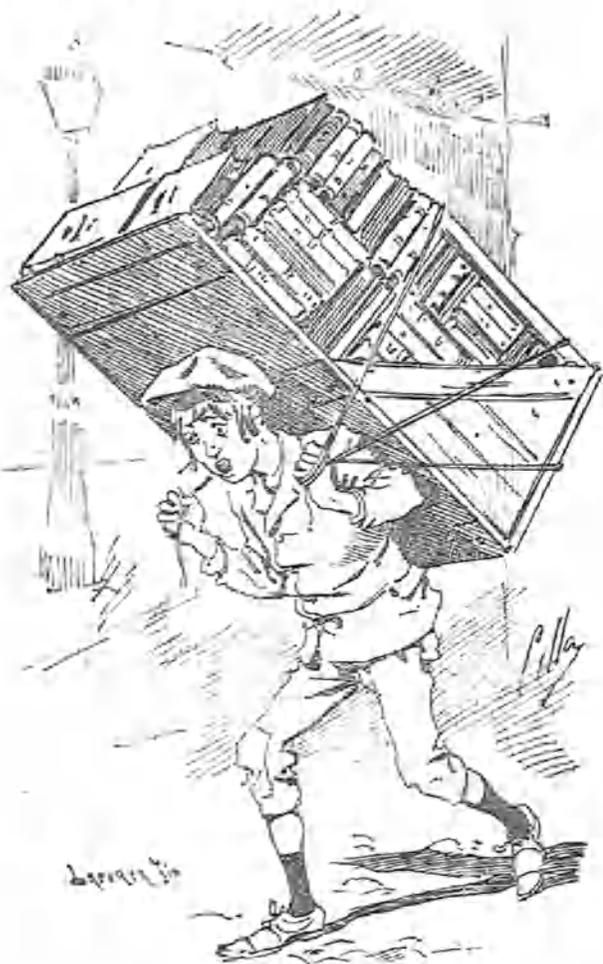
se puso á imitar ayer? —La puesta del sol? —No tal; la batalla de Bailén. —¿Y qué tocó lo primero? —¿No la acertas? —¿Fué tal vez la caza del cocodrilo? —¡Qué caza ni qué belén! Una sesión del Congreso del año noventa y tres. ¿No notó usted en los trinos de todo el andante aquel algo de las prespuestos de Marina? —¡Lo noté! Y así pasamos las noches y las mañanas también: él maltratando á las teclas y yo renegando de él. Pues ¡y la pieza de anoche! La empezó con timidez y la acabó con un raído que me hizo palidecer. —¿Qué imitó anoche don Lucas? (hè preguntado hoy á Inés). Y mi vecina me ha dicho: —¿Lo quiere saber usted? Pues una riña doméstica entre un café y su mujer. —¡Hombre, qué bien la imitaba! —¿Qué si la imitaba bien? Mire usted los cardenales. (Y me enseñó diez y seis.)

Juan Pérez Zúñiga.

El plan de estudios.



Ast tienen que ir desde ahora al colegio los chicos de familias bien acomodadas.



Y así los que no se pueden permitir grandes lujos.

¿Qué es nombre sustantivo?

Todos los niños que frecuentan las escuelas primarias podrán contestar á esta pregunta; pero lo que yo juro sobre los mismos Evangelios (que como no son libros de texto se venden baratos) es que los alumnos del Instituto del Cardinal Cisneros de esta corte ignoran, y lo que es peor, ignorarán toda su vida lo que es nombre sustantivo, aunque acaben con fruto los estudios de cultura general, que ahora se llaman, ó del bachillerato, como antes se decía.

Esos infelices aspirantes á la sabiduría común habrán de ser cultos sin saber qué cosa sea nombre sustantivo, excepto aquellos que pensando mucho sobre la materia y procurando desentrañar las definiciones que les dan escritas en libros caros sus profesores, acaben por perder la razón y den con sus huesos en un manicomio donde, si los aforismos populares no mienten, jamás se han de encontrar con ningún autor de los textos que oficialmente sirven en nuestros establecimientos de enseñanza.

Porque... verán ustedes: viene el Sr. Commelerán, académico y profesor de dicho Instituto, y en una gramática que ha escrito, de latín y castellano, dice:

«El nombre que algunos llaman sustantivo es la parte de la oración que significa ó da á conocer á los seres, sean cosas ó personas...»

Esto será malo, pero claro. Algo se percibe de lo que es nombre sustantivo, aunque haya de aprenderse al mismo tiempo que un ladrillo es un ser, y que en esto de seres lo mismo da Cicerón que *lumbre*, para valerme de los mismos ejemplos que el propio Sr. Commelerán cita en la definición expresada.

El alumno que haya aprendido todo esto, pasa luego á la clase del Sr. Suaña, catedrático del mismo Instituto, compra la gramática correspondiente, y allí se entera de qué nombre sustantivo es... Oigamos al autor:

«La parte de la oración que expresa las sustancias.»
Silla, que hasta que otra cosa se decreta es una palabra que tengo yo por sustantivo, ¿qué sustancia expresará?

Después de la definición anterior el autor añade: «es decir», con lo cual se le ensanchará el alma al lector creyendo que ahora viene un párrafo en que se aclara eso de la sustancia.

Pues sí, viene el párrafo. Lo que no aparece es la aclaración, como puede verse en el siguiente texto:

«...es decir, los objetos que subsisten por sí mismos, ya en la realidad, ó sólo en la manera de concebirlas.»

¡Objetos que subsisten por sí mismos solo en la manera de concebirlas!

Prefiero lo de las sustancias sin mayor aclaración, y sin «es decir» de ninguna clase.

En suma, que á la hora presente no sabemos si *marmolillo*, sustantivo indudable, es un ser, ó una sustancia, ó un objeto que subsiste por sí mismo sólo en la manera de concebirlo, ó un libro de texto caro y obligatorio.

Gracias á Dios, al que curse el primer año de cultura general en el mencionado Instituto todavía le queda una gramática á que agarrarse para contestar á la pregunta que encabeza este artículo: en el primer curso de francés se exige la gramática del profesor de la asignatura Sr. Soler, y allí se cuenta que el nombre... A copiar otra vez:

«Suele llamarse nombre sustantivo, no porque signifique sólo sustancias (esta sustancia parece que va contra el Sr. Suaña), sino porque aun las modificaciones las expresa sin la relación de inherencia y por consiguiente á manera de sustancia.»

¡Bendito sea Dios, y por qué cosas se *enle* llamar sustantivo al nombre!

Porque hasta las modificaciones (¿de quién?) las expresa á manera de sustancia.

Y vuelvo á mi anterior é indubitado sustantivo.

Marmolillo, convertido en *ser* por el Sr. Commelerán y en sustancia por el Sr. Suaña. ¿será una modificación de algo sin relación de inherencia?

Y ¿qué será relación de inherencia en este caso?

Me parece que para conocer el barullo de la enseñanza bastan los anteriores paradigmas.

Y digo *paradigmas*, porque uno de los tres citados gramáticos llama así á los ejemplos, con objeto de que los alumnos que tienen once ó doce años de edad se enteren más pronto siguiendo al pedagogo Eusebio Blasco, que ya en una obra, que bien podría ser de texto, dijo:

«¡Para más claridad hablad en griego!»

Y hasta de botones por hoy, que sólo deseo que el amigo Vincenti fije su atención en los transcritos paradigmas para que, si la enseñanza ha de sufrir frecuentes reformas, se acuerde de que es preciso empezar, en lo que á las lenguas se refiere, por ponernos de acuerdo respecto de lo que es nombre sustantivo oficialmente.

Y hasta de sustancias.

Emilio Sánchez Pastor.

YENDO



A servir al rey.



A los Cuatro Caminos.



A los toros.



A servir a Madrid.

NE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM

I

¡Ay, desdichada Irenel ¡Pobre mocita!
Siendo tan retrechera, tan rebonita,
porque á Cosme quería de todas veras,
su madrastra, que quieras ó que no quieras,
para evitar peligros de casamiento
á la pobre muchacha llevó á un convento.
¡Cómo lo pasaría con tantas viejas,
presa con cien cerrojos, llaves y rejas!
Para mayor desdicha, la superiora
era de la muchacha tía y señora,
la cual á todas horas la reprendía
hasta que la paciencia le consumía.
A la pobre novicia regaló el cura
un San Miguel bendito, ¡buena escultura!
que á sus plantas vencido, casi aplastado,
un demonio tenía mal encarado.
Y dijo á la abadesa:—Tía, no puedo
estar con el demonio, que me da miedo.
Sáquenlo de mi celda, que al acostarme
el pícaro enemigo suele mirarme.
Y me cuesta trabajo quedar dormida
y suelo despertarme sobrecogida,
porque se me figura—y esto es frecuente—
que me tienta el demonio materialmente.
—Mejor, porque, con esas preocupaciones,
te excusas de otras malas cavilaciones.
Si sientes que el demonio te causa espanto,
en lugar de mirarle, contempla al santo.

II

Por un árbol que había cercano al muro
del convento, una noche, con gran apuro,
sin que nadie en el pueblo supiese nada
trepó Cosme á la reja de su adorada;
y aquella y otras noches, tengo noticia
de que peló la pava con la novicia,
á quien una mañana la superiora
dijo:—¿Cómo se entiende ¡gran pecadora!
¡En tu celda ayer noche sentí yo un beso!
—Es verdad, sí, señora, yo lo confieso.
—¿Quién te lo dió?
—El demonio. ¡Yo bien decía
que me causaba miedo, querida tía!
—¿Conque un beso el demonio!
—Sí.
—¡Ay de mí triste!
Debí escucharte cuando me lo advertiste.
—Y volverá.
—No temas; para evitarlo,
á mi celda ahora mismo voy á llevarlo.

¡Cooé Estremera.

Suicidas.

Los que, desesperados,
van al Viaducto,
le toman de otra vida
como conducto;
y, si están muy resueltos,
dan aquel salto,
cayendo en lo más duro
por lo más alto.
Alguno, sin asomo
ya de esperanza,
llega á la barandilla,
mas no se lanza;
pues ve, con la tristeza
que allí le agobia,
que no es calle muy limpia
la de Segovia.
Hay quien en el Viaducto
busca un remedio
de sus acreedores
contra el asedio.
Y estudia bien y ensaya
su papelito,
y cuenta con los de orden
para el saltito;
y, es claro, cuando él busca
la vida eterna,
los guardias le detienen
por una pierna.

Y digo yo: Si hay guardias
para esos lances,
¿por qué no existen otros
de más alcances?
¿Quién detiene á ese niño
por la coleta
al ir derecho al toro
con la muleta;
inconsciente suicida,
que llaman *guapo*
antes de ver si sabe
mover el trapo?
No hay en la tauromaquia
licenciatura,
y el que quiere se enreda
con un Miara.
Y no hay, para impedirlo,
ni rey ni Roque;
un *añas* y á la plaza
con el estoque...
Guardias, guardias para esos
diablos de chicos
que atentan á su vida
por verse ricos;
suicidas decorados
con seda y oro
que, por no ir al Viaducto,
se van al toro.

Eduardo Bustillo.

VINIENDO



De servir al rey.



De los Cuatro Caminos.



De los toros.



De servir en Madrid.



La costumbre.

1

Habíales unido la común desgracia. Su edad y sus aficiones eran idénticas. Su historia también. Los dos se habían casado casi al mismo tiempo, con diferencia de algunos días únicamente, y en los que siguieron á su matrimonio Pablo hablaba á Lucas de los gozes de su nueva vida, con el mismo entusiasmo que Lucas á Pablo. No había dos mujeres como las que á ellos les tocaron en suerte... De belleza no hablemos: dos deidades; de pureza de sentimientos y condición sana... lo mejor del sexo. Tanta era la dicha que disfrutaban, que Pablo llegó á sentir miedo y se lo dijo así á Lucas, respondiéndole éste que igual idea le punzaba á él en el cerebro. Sí... También sentía miedo.

Del temor pasó Pablo á los celos. Celos furiosos, sin motivo, porque no le había realmente, pero que le mortificaban como si se basaran en sospechas justísimas, en detalles precisos... Su Elena era demasiado hermosa, mucha mujer, usando su expresión, para un hombre como él, que examinado á conciencia y aparte falsas ilusiones, valía poco... tan poco, que casi no valía nada... ¿Tenía él talento?... No digamos que era un zote incapaz para nada provechoso... Eso no... Cuando se aplicaba á una tarea dábale remate, medianamente, pero se le daba; mas sobresalir, en nada sobresalía. Bajo el aspecto intelectual resultaba un cualquiera, uno de tantos, uno de esos hombres que los periodistas comprenden en el montón anónimo de los *varios*, de los *otros*, de los que *sienten no recordar*. En suma, Pablo era un etc. en el mundo, y hasta que se casó había vivido conforme con esta humilde condición; pero casado y celoso, ya fué otra cosa. El hombre no se conformaba.

Sébase, á pesar de lo dicho, que tenía una habilidad. Tocaba el violín, bastante mal, pero siempre era un adorno.

Si de sus prendas intelectuales iba á las físicas y las estudiaba también, con la misma abstracción de las falsas ilusiones, resultaba del examen que, si no era feo, hallábase muy cerca... en fin, que si su mujer le quería por algo, no era por he:moso... ¿Por qué le quería entonces? Y no atinaba por qué podía ser. De estas cavilaciones resultaron los celos de que se habló antes.

A poco de sentirlos, manifestó á Lucas el estado de su espíritu, que—¡extraña coincidencia! correspondía exactamente al de este último. Si Lucas comprendía el poco valor de su persona y el extraordinario de su mujer, y sentíase tan celoso como su amigo. ¿Habrían procedido disparatadamente casándose con las dos

mujeres más hermosas de España? ¿Llegaría á ser para ellos tremenda carga lo que creyeron estupenda felicidad? Pavoroso problema que apenas iniciado les quitó el sueño. Después de hablar mucho sobre aquel caso, Lucas convino en que Pablo tenía razón, y Pablo aseguró á Lucas que sus sospechas eran muy lógicas. Se encontraban mal el uno al otro; casi indignos de ser dueños absolutos de aquellas dos mujeres de tan superiores prendas...

—Es verdad dijo Lucas á su amigo. No valemos nada. Somos dos seres vulgares, incapaces de hacer felices á nuestras mujeres. Cierto que cada uno tenemos una habilidad: tú tocas el violín y yo poseo una voz de barítono que no es maleja, según dicen; pero ¿basta esto? ¿Qué ha de bastar, hombre! Y si no, la prueba: cuando empiezo á cantar, mi mujer se duerme... ¿Y la tuya?

Pablo confesó que se dormía también en cuanto él empezaba á tocar el violín. Luego lo dicho... No era bastante.

Quedáronse mirando el uno al otro como dos idiotas.

Después dijo Pablo:

Lucas... vivir en esta duda sería un martirio horrible, ¿no es verdad?

—Horrible, Pablo.

—Es menester que adquiramos, ó la certeza de que nuestras mujeres nos engañan, ó la de que somos un par de majaderos que admitimos la posibilidad de su falta sin fundamento de ninguna clase.

—Pienso exactamente lo mismo que tú.

—Ahora bien, si yo espío á mi mujer y tú á la tuya, en el estado en que nos hallamos, los dedos se nos antojarán huéspedes. No, no llegaremos á nada práctico, Lucas.

—No llegaremos á nada práctico. Es verdad.

—Queda un recurso. Yo te prometo seguir á tu mujer noche y día... Estudiar los menores detalles de su existencia. Analizarlos con la serenidad de espíritu necesaria en casos de esta índole... y declararte después franca y sinceramente el resultado de este espionaje y de estas observaciones. ¿Prometes tú hacer lo mismo por mí?

—Te lo prometo, Pablo. Así no obraremos de ligero. Si yo noto algo que indique que tus recelos son justos, te lo digo lisa y llanamente. Y si eres tú el que lo nota...

—Te lo digo con la misma lisura... Esto es lo práctico, Lucas.

—Pablo, esto es lo práctico.

Y después de estrecharse fuertemente las manos, separáronse los dos amigos, resueltos á poner en ejecución el plan.

II

A los tres meses de esto, y en el momento en que Lucas salía de su casa, encontróse con Pablo, que venía á ella.

—¡Me alegro de verte! —dijo el primero.—Iba á buscarte.



— ¿Tienes alguna noticia que darme?
— Sí.
— Yo á tí también. A eso venía.
— Pues habla tú primero.
— Los preámbulos hacen más difíciles aún los asuntos que ya lo son de suyo. De modo que en seco, Lucas... Con razón temías... Tu mujer te engaña...

Palideció Lucas y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Mirábale el otro con lástima, pero sin mostrar arrepentimiento alguno por el paso que acababa de dar. La palabra es palabra, y él había prometido decirle la verdad de lo que pasara... Sin embargo, empezaba á consolarle, cuando Lucas, indicándole con un ademán que no siguiese, le dijo:

— Pablo... A tu casa iba á decirte lo mismo que acabas de decirme... No eres más afortunado que yo en este asunto.

Tocóle á Pablo palidecer y tambalearse.

— ¡Cómo! ¡Mi mujer también! — exclamó cuando pudo hablar.

— También — respondió Lucas.

Como en el día de marras, se miraron sin saber qué partido adoptar.

— ¡Yo no vuelvo á mi casa! — dijo al fin Lucas.

— ¡Ni yo á la mía!

Y echaron calle abajo, con la mirada fija en el suelo, las manos atrás y el paso vacilante. No se preguntaron cómo habían podido averiguar la realidad de aquella desventura. ¿Para qué? ¿Los detalles qué importaban? Tenían bastante fe uno en otro para dudar.

Pensaron que aquella circunstancia les unía más que nunca y decidieron no separarse.

III

Alquilaron una casa en un barrio apartado y se encastillaron en ella, decididos á romper para siempre con su vida pasada. No es esto decir que en sus conversaciones no se refirieran alguna vez á las dos mujeres que de tan villano modo les habían engañado... Hablaban de ellas y se lamentaban del error sufrido. ¡A estos recuerdos dedicaban gran parte de la noche. Después de comer tomaban café hecho por ellos mismos en una maquinilla que sobre un velador mandaban colocar en medio de la sala... y entre sorbo y sorbo recordaban su desdicha, maldiciendo de todas las mujeres en general y en particular de las suyas, ¡que Dios sabía por dónde andarían á aquellas horas!

Y en las veladas de invierno, ante un buen fuego encendido en la chimenea de la habitación, escuchando el ruido de la lluvia contra los cristales, mientras saboreaban el café, experimentaban una laxitud, una calma, un sopor tan intenso, que en el fondo eran dichosos, aunque no se lo confesaran... Con la imaginación veían á sus dos mujeres transidas de frío, chapoteando en la nieve, con las botas rotas... porque tal debía suceder, como castigo á su maldad, y se consideraban tengudos, sin que ellos hubieran puesto nada de su parte para tal justicia.

A eso de las diez, Pablo se levantaba del sillón y entraba en la estancia contigua, volviendo á aparecer á los pocos instantes. Traía el violín. Sin pronunciar palabra sentábase de nuevo y empezaba á tocar. Seguía Lucas el compás del instrumento, tarareando al principio, elevando la voz después hasta atacar las notas más agudas de la escala. Y en aquella para ellos agradabilísima tarea invertían dos horas y á veces más.

Andando el tiempo llegaron á olvidarse de su desgracia, y ya no hablaban de sus mujeres mientras tomaban el café. Con el último sorbo venía la primera nota... y toda la noche la dedicaban al violín y al canto.

Sintiéronse felices y encontraron en su amistad, cada vez más estrecha, mayor encanto que en el amor... Este había muerto para siempre.

Un día, de los pocos en que Pablo salía, volvió á la casa pálido, trémulo, sin aliento. Verle Lucas y comprender que pasaba algo grave fue una misma cosa, y á las preguntas que le hizo para saber lo ocurrido, respondió el otro dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo y con entrecortado acento:

— La he visto, Lucas, la he visto! Sí, hace un momento. Nos tropezamos al volver una esquina... Me quedé... ¡puedes figurarte cómo! Iba á pasar de largo... Se me pasó delante. No se contentó con eso... Se agarró á mi brazo... Empezó á hablarme... No me acuerdo lo que



me dijo... Se echó á llorar... y se apretaba á mí... ¡se apretaba á mí cada vez con más fuerza!... Lucas, Luquillas... ¡jura y perjura que mis celos fueron infundados... que no me ha hecho traición!... ¡que me adora siempre y que ella es y ha sido buena! ¿sabes? ¡que ha sido buena!... ¡Entiendes tú esto?

— ¡Pero tú... Pablo... tú?...

— ¡Yo! — y se detuvo en mitad de la estancia, cruzándose de brazos. — ¡Yo!... Pues bien, sí... Al cabo pude hablar... Te confieso que sus protestas y sus lágrimas me enternecieron un poco... y la he prometido que iría á verla, á que me explicase... á que deshiciera el error con pruebas irrefutables. Después... la verdad... he pensando que tal vez tú podías haberme engañado con la mejor buena fe... pero, en fin, que era fácil que hubiera sucedido eso. Nunca nos hemos dado mutuamente detalles de lo que habíamos visto tú en mi mujer y yo en la tuya para adoptar la resolución de separarnos de ellas y olvidarnos. Todo ha sido maldecirlas y despreciarlas... pero ¡teníamos razón? ¿No habremos tú y yo tratado este asunto con demasiada ligereza? ¿La crisis por que entonces pasábamos no habrá contribuido al error? Porque mira, Lucas, que en lo que á mí se refiere, te lo digo francamente... Ahora... ahora creo que debí enterarme mejor antes de decirte que tu mujer te engañaba, porque pruebas terminantes, de esas que no dejan lugar á duda, no las tenía... ¡Confieso que no las tenía!

— ¿Qué dices, Pablo?

— Lo que oyes. ¡Y tú, Lucas?

— Pruebas terminantes... pruebas terminantes... — murmuró éste inclinando la cabeza.

— Recuerda bien...

— ¡Eh! Pues tal vez tengas razón, Pablo. Porque examinando ahora tranquilamente lo sucedido... no, Pablo. ¡De esas pruebas que dices que no tenía ninguna!

Cambiaron los dos hombres la tercera mirada que se podría llamar *suprema* de su vida, y como siempre, á la mirada siguió un largo silencio.

Después de esto, Pablo tendió la mano á su amigo, y cogiendo el violín, dijo:

— Adiós, Pablo... Me voy con mi mujer.

— Es verdad — dijo Lucas. — Somos dos hombres honrados y debemos reparar el daño. También yo me voy con la mía.

Al separarse los dos lloraban...

IV

Aquella misma noche, Pablo, convencido completamente del error de Lucas respecto á la traición de Elena, hablaba con ésta tranquilamente después de comer, mientras saboreaba una taza de café. Referíale su mujer la honda tristeza en que había vivido lejos de él tanto tiempo, buscándole por todas partes y sin encontrarle nunca, y respondíale Pablo, aunque, valga la verdad, no con el entusiasmo que debía esperarse después de tan larga ausencia y de la seguridad de que se había engañado juzgándola como la juzgó... Cuando terminó de tomar el café empezó á mostrarse inquieto; pero aún permaneció en su sitio más de media hora. Al fin, sin poderse contener, se levantó diciendo:

— Voy á tocar un poco, ¿no te molestará, verdad?

Elena le miró sorprendida. ¡Tocar el violín aquella noche y en aquellas circunstancias!... Parecíale el mayor de los absurdos, pero no dijo nada.



Empezó Pablo á tocar mientras su mujer, reclinándose en una butaca, cerró los ojos haciendo un mohín de disgusto. A los pocos momentos, el rostro de Pablo adquirió una expresión tristísima. Lentamente sus dedos se aflojaron, dejando caer el arco al suelo; después colocó el violín sobre sus rodillas. Al mismo tiempo á sus ojos asomaron dos lágrimas.

Miró á su mujer, que continuaba en la misma postura... Sus-

piró hondo el violinista... Debía ser feliz y no lo era... Le faltaba su amigo... Su amigo, al que Elena había de clarado que no recibiría en su casa por considerarle causa tónica de la desgracia sufrida tanto tiempo sin culpa alguna de su parte. Sí... le faltaba, este amigo... y sobre todo á aquella hora; después de la comida y del café... le faltaba su voz de barítono, que de tan maravilloso modo se amoldaba á las notas del violín. Y Pablo pensó que no era dichoso... que no podía serlo...



En compañía de su mujer acabó también Lucas de tomar el café y oyó las mismas lamentaciones y protestas que Pablo. Como éste y á la misma hora, sintióse inquieto, y al cabo empezó á tararear una de sus canciones favoritas. No la terminó, y en tanto que su mujer le miraba con gran sorpresa y desagrado por lo que ella imaginó acto que revelaba una gran perturbación cerebral; quedóse el buen hombre con la boca abierta á mitad de una escala. No... así no era posible ni cantar ni ser dichoso. Encontraba en su vida un vacío horrible que no podrían llenar ni el amor de su mujer ni la confianza adquirida después de la explicación que con ella acababa de tener... Le faltaba Pablo... Le faltaba el violín...

Luis de Ancoena.

AUTORES DRAMÁTICOS

I
 — *Los que hacen carrera.*
 — Pues sí, señor; en los ratos de vagancia que me dejan los negocios, he cogido la pluma, y he hecho una pieza. No me ha costado trabajo.
 — ¡Claro! ¡con la inteligencia que usted tiene!...
 — Me ha salido magnífica.
 — ¿Sí?
 — Muy buena. De un corte nuevo, graciosa, y muy fina y muy correcta.
 — ¿Cuándo la leemos?
 — Eso después; tenga usted paciencia. Me faltan algunos toques, variar algunas escenas...
 — ¡Tiene música!
 — Pues claro.
 — ¿De quién?
 — Pues de una eminencia; de...
 — ¡Caracoles!
 — Conozco dos números... ¡de primera!
 — Pues, si usted quiere, mañana empiezo á mover la prensa.
 — ¡Ah, sí desde luego.
 — Y bueno sería indicar la fecha...
 — Diga usted que el mes que viene; que aunque entonces no la tenga corriente, las dilaciones dan importancia, jalean la cosa...
 — Bien, convenido.
 — ¡Ah! pero... habrá que ponerla decentemente; hacen falta tres decoraciones nuevas.
 — ¡Por Dios! señor don Falano, no hablemos de esas miserias; se harán.
 — Y se necesitan dos barítonos de fuerza, según me ha dicho el maestro.
 — Se traerá lo que usted quiera.

— Pues no hay más que hablar. Mis quieren ver esa zarzuela (chicos que se estrenó antes de anoche.
 — ¿Y quiere usted una platea ó un entresuelo?
 — Entresuelo.
 — ¿Lo lleva usted ó se lo llevan á casa?
 — Que me lo lleven, para que no se me pierda. Conque adiós; cuando esté todo daré por aquí una vuelta con la piecécita.
 — ¡Hombre, por Dios! ¡Mandaré por ella!
 II
Los que se quedan en la escanada.
 — ¿Está el señor empresario?
 — Servidor.
 — Traigo una pieza...
 — ¿Verso?
 — Sí señor, en verso.
 — ¡Hombre! la forma poética en el teatro...
 — Sí... ¡claro!... en fin... ¿quiere usted leerla?
 — Déjela usted y veremos.
 — Es una cosa ligera, sin pretensiones, sencilla...
 — ¿Zarzuelita?
 — Sí, zarzuela.
 — Y ¿quién le pone la música?
 — Pues un muchacho que empieza. Dicen que la hace bonita, pero no respondo de ella, como usted comprende.
 — ¡Malo!
 Y ¿tiene gasto?
 — Una huerta que hay que pintar; porque tiene dos practicables que juegan.
 — ¡Ham!...
 — Pero no es necesario; con bastidores de selva se puede arreglar. Y luego con una tapia cualquiera...
 — Bien; ¡y el reparto?
 — ¡El reparto!

— Porque batno es que usted sepa que las primeras figuras que hay en la casa se quejan del exceso de trabajo.
 — Pues... con dos típles modestas y un par de coristas listos que no se corten, se arregla.
 — Bueno, hombre, pues la leeremos. puede usted darse una vuelta...
 — ¿Cuándo quiere usted que vuelva á saber si está admitida?
 — Pues... el caso es que á estas fechas hay un trajín... ¿En qué estamos?
 — En la segunda quincena de Octubre.
 — Pues... para Junio

Sinciso Delgado.

MENUDENCIAS

Me han dicho que eres orgullosa y fría... ¡Prácheme lo contrario, Rosalía!

Le dan miedo los hombres á Librada... ¡Por eso se ha quedado tan delgada!

Según muy respetables pareceres, en eso del amor de las mujeres, aquel que más consigue, sólo alcanza poca franqueza y mucha confianza.

¿Que te llama sencilla y candorosa tu amiga Paz? ¡Calumnias de envidiosa!

Ramón Benicio Mas.



CHISMES Y CUENTOS

SR. ADMINISTRADOR

DEL CORREO CENTRAL.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: No dejo de comprender, en mis cortos alcances, que el cargo que usted desempeña es uno de los más atareados y fastidiosos de cuantos remunera el Estado, no tan espléndidamente como yo quisiera, ¡y bien sabe Dios que de todo corazón lo digo! Y es engorroso y cargante de suyo, no sólo por la multitud de asuntos delicados y difíciles que le corresponden, sino por el sinnúmero de quejas, reclamaciones y chinchorrerías á que está continuamente expuesto.

Por comprenderlo así, y por ser yo poco dado á molestar á nadie, es por lo que he pasado dos semanas, que se me han hecho siglos, con alguna intranquilidad en el espíritu y bastantes resquemores en el cuerpo, sin decir á usted lo que por fin, y por no haber otro remedio, voy á tener el honor de comunicarle:

Es el caso, Sr. Administrador de mi alma, que de pronto, sin alteración alguna en tarifas y reglamentos que lo justifique, los dignos empleados, que supongo estarán á sus órdenes, encargados de recibir los periódicos, me exigen que franquee los paquetes destinados á los correspondientes á razón de un céntimo por ejemplar.

Yo tenía entendido (¡lo que es tener ofuscada la inteligencia!) que la base para establecer el precio del franqueo había sido, era y sería siempre el peso del objeto franqueado. Me fundaba para creerlo así en varias que yo tenía por razones y eran á saber:

Primera: La equidad perfecta que resultaba de ese modo y que desaparece desde el momento mismo en que yo puedo remitir por el correo un ejemplar de un periódico que pese cien gramos por el mismo precio que otro que pese diez.

Segunda: Aunque concedamos á los empleados de Correos una excesiva perspicacia y un exagerado celo por el servicio, no podemos concederles (sin contar antes con un milagro de la Divina Providencia) que haya entre ellos uno siquiera capaz de conocer á bulto el número exacto de ejemplares que contiene un paquete convenientemente acondicionado para la expedición. Verdad es que pueden deshacerlos todos para enterarse; pero si á esto hay que apelar... más vale morir de repente.

Tercera: El timbre especial para periódicos (que perjudica á los ilustrados que se coleccionan, porque los encasca irremediablemente) cuesta, como usted sabe de seguro, tres pesetas por cada diez kilos de peso (¡ve usted! de peso!), y no significa otra cosa que la equivalencia de los sellos. De modo que no entiendo la regla de tres por la cual, no timbrando, me ha de costar el franqueo de cada kilo próximamente el doble. Machaco sobre este detalle, por si acaso no había usted reparado en ello.

Además, creía yo (¡infeliz!) que no había ley ni cosa parecida que prohibiera...

biera á los dignísimos empleados de Correos admitir los paquetes de periódicos franqueados según su peso; es más, hasta me había ya figurado que las disposiciones relativas al caso era eso lo que mandaban precisamente.

Y me fundaba (¡tontería como ellas!) en que por el peso se grada el franqueo de cartas, libros, mesetas, etc., etc., á no ser que también en esto esté yo tocando el violón y no sepa de la misa la media.

Ahora, gracias á Dios, espero que usted tenga la bondad de sacarme de todos estos errores, señalando, para su satisfacción y mi escarmiento, el reglamento, real orden, decreto ó ley votada en Cortes que me obliga á pagar más de lo que debo en estricta justicia.

Y si ni ley, ni decreto, ni real orden, ni reglamento encontrare usted á mano (lo que Dios no quiera), yo me atrevería á suplicar á usted que diciera las órdenes oportunas para que sus apreciables subordinados admitieran los paquetes con el franqueo correspondiente á su peso, sin meterse en otros dibujos ni garrambinas, porque á lo mejor, con el excesivo trabajo de tan difíciles empleos, se le va á uno el santo al cielo y no sabe dónde tiene la mano derecha.

La cual tiene el honor de besar á usted el MADRID CÓMICO, poniéndole á su disposición humildemente.

—o—

Libros:

Cuentos, de Enrique Sepúlveda, se titula el volumen segundo de la acreditada y elegantísima *Biblioteca ilustrada* de autores contemporáneos que con exquisito gusto publica nuestro querido amigo el Sr. Díaz-Quijano. De los cuentos de Sepúlveda no hay que hacer elogio; bien sentada tiene su reputación en tan difícil género el distinguido publicista. La parte material del libro es de un lujo excepcional. Precio del tomo, 2 pesetas.

Apuntes en verso de la peregrinación obrera á Roma, por D. Manuel Torvar de Vega, con un prólogo, también en verso, de D. Felipe Uribarri.

Tipos que fueron, consideraciones sobre la retirada de Guerrita por don Pascual Millán. Toda la prensa, con rara unanimidad, ha dedicado grandes elogios á este libro, que los merece ciertamente, por sus atinadas observaciones, su estudio de otras épocas y la amenidad y corrección de su estilo. Cuesta 1,50 pesetas.

Catálogo de los grandes almacenes de *La Isla de Cuba*, Montero, 18. Temporada de invierno de 1894.

Los solteronas, juguete cómico en un acto y en prosa, de los señores Criado y Cocat, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Lara.

El capitán Mefistófelis, zarzuela cómica en un acto, letra de los mismos autores, música del maestro Mateos, representada con aplauso en Apolo.

Guerrita. ¿Qué quieren ustedes que les digamos de este último interesantísimo libro de Peña y Goñi? En él describe con su estilo peculiar, mordaz y elegante, las luchas de lagartijatas, frascelistas, esparteristas, guerristas, etc., etc., se habla donosamente de quien le parece conveniente y hace una apología razonada del diestro cordobés. Los aficionados á los toros habrán comprado ya el libro; los aficionados á la literatura deben comprarlo inmediatamente. Precio: 4 pesetas.

La Medicina en la Exposición histórica.—Conferencia dada en el Palacio de Bibliotecas y Museos, con motivo del Centenario del descubrimiento de América, por el doctor D. Fernando Calatraveño. Precio: 1,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Uno de tantos.—Puede usted enviarlos de nuevo firmados, porque tal vez se aproveche alguno.

Mitar.—No me gusta la idea.

Sin firm..—La elegía tiene un defecto, entre otros de menor cuantía: que resulta pastante cursi.

Un suscriptor malagueño.—Empieza usted de la manera siguiente:

«En este arcano de la vida impenetrable donde luchamos por tocar la realidad no lo conseguimos aunque incansables trabajamos con fe y temeridad.»

Y como usted comprende, esos quieren ser endecasílabos, pero no los conocería el que los inventó.

Tofarrata.—Es inocente, candorosa y... sin forma poética de ninguna clase. Parece escrito por un alumno de primer año de cultura general.

Perimetre.—¡Bonito cantable para una zarzuelita con su dió de amor anodino y todo!

Pichichi.—Puede usted enviar el importe cuando y como quiera.

Tres calés.—La lástima es que en el soneto campea un humorismo del antiguo sistema, que ya no hace gracia á ningún cristiano.

Alpha.—Siempre tenemos grandes dificultades para publicar dibujos, por especiales razones.

Mr. D. A. C. S..—Es bonita, pero de una extensión desmesurada. Veremos si se presenta ocasión de publicarla. No confío, sin embargo.

Saltamontes.—Eso, usted ahí perdiendo el tiempo con sus segundillas, ¡y la empresa del tranvía del Este necesitando fuerza motriz para subir las cuestras!

R. Manila.—Saludo á usted afectuosamente. Por desgracia, el asunto de la composición es demasiado vulgar.

Warion.—Es posible que aproveche alguno que otro.

El Garnith.—No están mal del todo, porque está visto que usted no es del montón precisamente, pero me gustan poco los asuntos de embas.

Paul Echelle.—No sé una palabra de francés, así es que ni siquiera he acabado de leer la primera línea.

*X****.—Demasiado filosófico para un periodiquito de esta clase.

Sr. D. S. P..—Madrid.—Debo advertir á usted que ahora, desde que se han inaugurado las *Folies Bergères* de la Alhambra, no son consonantes feo y dinero.

Rodajaz.—No pueda aprovechar ninguno.

Sr. D. A. P..—Madrid.—¡Por Dios! ¡nada de álbums!

Sr. D. A. A..—Madrid.—Todas las quintillas son muy medianillas.

Tar G. T. ro..—Pues eso se publicó en *La Moda Elegante* hace muchísimo tiempo; pero ni siquiera recuerdo en qué año, y ya daría yo algo por saber dónde encontrarlo.

Un recitativo.—Si creo que habrá usted tardado cinco minutos en cada uno. Y aun podía haberle sobrado tiempo, porque hacer versos así es cosa muy sencilla. ¡Hay que fijarse, joven!

Godofredo.—Bastante mal por cierto.

+ *K dor*.—Ninguno es aprovechable, en mi humilde opinión.

Sr. D. J. M..—Madrid.—Les falta soltura y corrección.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA  REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 30.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 2da.
Teléfono 226.